

VI Jornadas de Sociología de la UNLP
“Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las
Ciencias Sociales”
La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010.

Mesa 40: Lo culto y lo popular. Sociabilidad, deporte y tiempo
libre en las sociedades contemporáneas

Clases y lazos: la estratificación social de los vínculos interpersonales en grandes centros urbanos de la Argentina

Autor: Pablo De Grande (pablodg@gmail.com)

Observatorio de la Deuda Social (UCA)

Resumen

La sociabilidad, como resultado y como proceso de la interacción social interpersonal, presenta desafíos operativos y teóricos para su abordaje. En sentido amplio, la sociabilidad remite al conjunto de prácticas, representaciones y relaciones que constituyen y posibilitan la interacción social y el despliegue de la vida social.

En esta investigación se aborda la temática desde la estrategia del estudio de las redes personales, y en particular, de la presencia y características de lazos personales estables. Por medio de una encuesta aplicada a 1500 personas en 7 grandes centros urbanos de la Argentina durante el año 2006 se analiza la interacción de las redes personales con la localización en términos de estratificación social de capital económico y de capital educativo.

Reforzando los conceptos de habitus y de prácticas diferenciadas por clase, el estudio de las redes personales incorpora a la mirada de la sociabilidad la intervención de los lazos duraderos que las personas construyen, reproducen y descartan en sus vidas cotidianas. Relacionar la localización de clase con probabilidades diferenciadas en la sociabilidad debe permitir asimismo evaluar el carácter socialmente estratificado del conjunto de prácticas que operan influidas por la interacción interpersonal, es decir, del espacio que recorre desde ámbitos educativos a laborales, sociales y de esparcimiento.

Introducción

La relación entre estratificación social y sociabilidad, y en particular entre clase social y redes personales, es central por varias razones. Por una parte, la impronta de la estructura social, observada a través de las condiciones de clase de los sujetos, permite vincular a las redes personales con fenómenos de más largo alcance que las especifican y redefinen. Al respecto, se ha visto a partir de Goffman (1986) (pero también desde Bourdieu (1991), Elías (1982) y otros autores) que el despliegue de estas relaciones dista de ser un proceso transparente a sus protagonistas. Los vínculos interpersonales, contrariando una percepción espontaneísta de la sociabilidad, se establecen en ámbitos socialmente condicionados y reglados, por medio de marcos estructurados operativa y sustantivamente. De esta forma, las redes personales que emergen en diferentes espacios se encuentran condicionadas de modos específicos y típicos.

En este punto, cabe insistir sobre la especificidad de los vínculos como sustancia de análisis, para evitar considerarlos un atributo o capital más en la vida de los sujetos. Por oposición a la posibilidad de acopio que brindan buena parte de los bienes muebles o inmuebles, o incluso – con cierto límite en el grado de obsolescencia– las credenciales educativas, los vínculos no pueden darse en estado de ‘almacenados’. Cuando dos personas provisoriamente no se frecuentan, o viven a muchos kilómetros de distancia, la noción de que existe un vínculo suele apoyarse en un pasado de tiempo en común, y en la confianza de que es posible volver a esa relación ‘como si el tiempo no hubiera pasado’. Sin embargo, la sociabilidad de los lazos significativos se da de tales formas sólo por términos y casos de excepción, y usualmente luego de instituirse en largos períodos de encuentros cara a cara que permiten a tal relación reclamar una existencia por fuera de la actualización cotidiana. En la generalidad de los casos, los lazos interpersonales estrechos se dan como relaciones que se apoyan en un ‘compartir tiempo’, y en tanto tales están situadas en el lugar ontológicamente ambiguo de constituirse a la vez como actividades (situadas y sucesivas) y como contratos (abstractos y atemporales). Esto aporta una riqueza singular a su tratamiento, ya que en la primera dimensión (como actividad) la relación se define como algo del orden del hacer, por el cual las personas se reúnen y ocupan sus energías físicas y mentales, sea en charlar, trabajar, jugar, cocinar, salir o cualquier otra modalidad dentro de la cual la relación se vuelve concreta espacial y temporalmente. En su segunda dimensión, de contrato, se establece como nexo simbólico donde –con relativa independencia a la copresencia y a toda forma de contexto– las personas comprenden la relación en términos de adhesión, de lazo afectivo y moral, a partir de los que

se instituyen operaciones constitutivas de la vida social como la confianza, el afecto o la gratitud.

En este trabajo se presentan los niveles de asociación entre la estratificación por ingresos y por educación con dos subdimensiones de las redes personales: el origen del vínculo y el tipos de vínculos. Para esto, se presentan agrupados los resultados en estos niveles, así como el contexto de investigaciones que han trabajado estas dimensiones con anterioridad, señalando sus tendencias y resultados.

Antecedentes

En este escenario, cabe señalar la existencia de estudios de redes personales que reflejan resultados acordes a estas tensiones teóricas sobre la conformación de las vivencias relacionales con el campo de la estratificación social, partiendo del análisis del lazo social en contextos de vulnerabilidad, de pobreza o de marginalidad en el ámbito latinoamericano¹ (Ramos, 1981; Espinoza, 1999; Enriquez Rosas, 2000; Feldman y Murmis, 2002; Gutiérrez, 2005). Ramos, en su estudio de caso de una familia del Gran Buenos Aires, destaca la diferenciación entre intercambios de mercado e intercambios por relaciones personales. En estos últimos, los intercambios no se dan en plazos o volúmenes sujetos a cálculos precisos por parte de los actores sino que, por el contrario, la validez de la confianza y de los lazos de ayuda requiere para su reforzamiento, según la autora, de una separación temporal entre los mismos, así como de una flexibilidad o incluso una indiferencia respecto a los volúmenes transaccionados (Ramos, 1981:24). De esta forma, no sólo se resuelve un plano material de carencias, sino que se produce un valor simbólico, a saber, la realización de un favor o la ayuda como expresión de afectividad entre los involucrados respecto del cual la transacción material es sólo un medio.

Feldman y Murmis (2002), por su parte, trabajan los lazos desde la distinción ocupacional de formalidad/informalidad, tendiendo puentes entre estas categorías –centrales en el análisis de espacios latinoamericanos– y la medición y análisis de mecanismos de redes personales. Algo singular respecto a lo laboral en este estudio –también compartido con el trabajo de Teves, Crivos, Martínez y Sáenz (2002)– es que se analizan las relaciones no ya necesarias para

¹ Existen también investigaciones que atestiguan sobre situaciones no caracterizadas por la pobreza, como el trabajo sobre vínculos personales de profesores chilenos de Adler Lomnitz y Melnick (1994).

acceder a la ocupación sino las que se utilizan en el ejercicio de las actividades observadas, trabajando en los niveles de vínculos personales, mercantiles e institucionales.

Los trabajos de Espinoza en Chile (1999) y de Enriquez Rosas en México (2000) son estudios que involucran relevamientos cuantitativos de redes personales en espacios pobres, buscando captar no sólo lazos de intercambio de bienes y servicios, sino también la existencia de lazos instituidos por valores emotivos. Para ello, relevan información sobre el contenido de las relaciones por medio de encuestas –en el caso de Enriquez Rosas hace también entrevistas sobre un número más reducido de casos– observando fenómenos tales que la preeminencia de lazos familiares en ciertos subgrupos, o la intensidad de ciertas relaciones consideradas por su frecuencia y contenido.

En términos generales, estas investigaciones arriban a un consenso sobre la relevancia de las redes sociales y de intercambio para asegurar los elementos mínimos para la subsistencia en condiciones de pobreza. Al tiempo que esto opera como un hallazgo aún no plenamente recibido por la investigación demográfica, debe evitarse arribar a la conclusión respecto de que la centralidad de los lazos sería una singularidad de los sectores pobres. Cuando esto ocurre, se contraponen las prácticas de estos sectores a un estilo de vida que sería correspondiente a los sectores no-pobres, donde los sujetos serían capaces de cubrir sus necesidades como individuos ‘autónomos’, que se relacionan no ya con otros sujetos sino en forma directa con el Estado o con los diferentes mercados disponibles (laboral y de bienes y servicios).

En relación a la problemática de las redes y la pobreza, Gutiérrez (2005) realiza un estudio donde la posición de los pobres se contextualiza en una trama de relaciones entre pobres y con ‘no-pobres’, introduciendo dos variaciones relevantes en comparación con varios estudios próximos a la temática: por una parte, no caracterizar la situación de pobreza como la suma de un conjunto de carencias, sino en función de aquello de que los ‘pobres’ disponen; por otra, la autora plantea la necesidad de considerar las relaciones de los actores con los demás agentes sociales que intervienen en su espacio en el marco de intercambios (sincrónicos y también diferidos) de capitales diversos.

Fuera del ámbito latinoamericano, también es posible dar cuenta de estudios que vinculan los lazos interpersonales con efectos y condiciones de clase, tanto en términos de aspectos específicos de la sociabilidad por clase (Ferrand, Mounier y Degenne, 1999; Lee y Campbell,

1999; Kuehnast y Dudwick, 2004) como desde la perspectiva del vínculo como un canal de acceso a recursos (Van der Poel, 1993; Lieber y Sandefur, 1998; Mickelson y Kubzansky, 2003; Dominguez, 2004; Lee, Ruan y Lai, 2005; Agneessens, Waegemans y Lievens, 2006; Van Emmerik, 2006).

En este sentido, cabe señalar que las discusiones sobre los efectos de la participación en redes sociales de intercambio (con frecuencia ligadas al concepto de capital social) han despertado interés por parte de organismos como la CEPAL y Banco Mundial (Grootaert, 1998; Lederman, 2001; Woolcock, 2001; Atria et. al., 2003), volviéndose centrales en varias de sus iniciativas y análisis. Asimismo, el concepto de capital social se mantiene difuso en su definición y cuestionado en su uso (ONS, 2001; Bagnasco et. al. 2004). De Filippis (2001), y más ampliamente Fines (Sabatini, 2003), desarrollan críticas destacando el riesgo de aislar el análisis político y el contenido social del análisis coyuntural, efectuando un reduccionismo según el cual la pobreza o la desigualdad serían explicables en sí mismas por un análisis de relaciones interpersonales.

Muestra e indicadores

Este trabajo se apoya en resultados obtenidos del módulo de redes personales aplicado en la edición del año 2006 de la Encuesta de la Deuda Social Argentina. Esta encuesta es realizada anualmente desde el año 2004 por el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina, y en dicho año la encuesta fue realizada a 1500 adultos en los aglomerados de Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, Bahía Blanca, Neuquén-Plottier, Gran Salta y Resistencia.

La metodología de aplicación de la encuesta opera sobre muestra de hogares construida sobre datos del Censo Nacional de Hogares Población y Viviendas, en la que se seleccionaron puntos muestrales en cada uno de los aglomerados en forma estratificada y cubriendo la totalidad de cada uno de los aglomerados. La aplicación de los cuestionarios fue realizada en forma presencial por encuestadores en los hogares, seleccionado en forma aleatoria adultos en cada uno de los hogares visitados.

En la aplicación del año 2006, se anexó un módulo de redes personales en el cual se incorporaba un ‘generador de nombres’ con su posterior exploración. La técnica de generadores de nombres se basa en realizar una o varias preguntas sobre las que el encuestado

puede mencionar por nombre una cantidad de personas de entre sus conocidos que se adaptan al ítem puesto en cuestión. En el módulo de la EDSA, el ítem utilizado fue:

“Con frecuencia, la gente recurre a amigos, familiares, compañeros de trabajo o conocidos cuando necesitan un consejo o ayuda para situaciones que sin ellos serían difíciles de resolver. Entre sus conocidos, sin incluir a quienes viven en su hogar, dígame por favor, solamente el nombre de las personas a las que recurriría en este tipo de situaciones” (ODSA, 2006).

La persona encuestada podía responder hasta cinco nombres, luego de lo cual se realizan preguntas para cada uno de ellos, incluyendo aspectos individuales (sexo, edad, nivel educativo) y vinculares (frecuencia de contacto, duración, origen del vínculo, tipo de vínculo, distancia al hogar de residencia, intensidad y grado de conocimiento entre los vínculos).

En este trabajo se presenta la relación de 2 esos ítems: tipo de vínculo y origen de vínculo, considerados a través de variables de segmentación obtenidas del módulo general de la encuesta, a saber: edad, sexo, nivel educativo (captado como máximo nivel educativo alcanzado y analizado en tres niveles) e ingresos del hogar (captado como nivel de ingresos del hogar por equivalente adulto y analizado en tres rangos de igual tamaño poblacional).

Por medio de estas 4 variables se hace operativo el nivel de la estructura social, buscando localizar a los sujetos en forma multidimensional en el lugar complejo que manifestaron ocupar en la trama de la estratificación social.

Resultados

Los espacios sociales y el origen de los vínculos

El proceso de socialización opera como un proceso continuo y dinámico de construcción y reformulación de relaciones por medio de interacciones y de procesos subjetivos individuales en constante transformación, pasibles de deterioro y pérdida. Este proceso de interacción, por su parte, se desarrolla –en tanto que experiencia concreta– en espacios sociales específicos. El espacio social permite señalar la conjunción de un lugar físico donde un campo de relaciones y de sujetos interactúan y se desarrollan. Dentro de esa definición, no debe perderse de vista el carácter específico de los sujetos, es decir, que cada individuo se suma al ‘espacio’ con cargas particulares de capitales y con atributos adicionales y parcialmente independientes a sus dotaciones de capital (tal como lo son el sexo, la edad, la ocupación, pero también los

gustos musicales, las orientaciones políticas o el origen étnico). Asimismo, los espacios sociales suponen una carga material y simbólica propia de su historicidad, que se hace visible a los sujetos y a su entorno. De esta forma, los espacios reflejan sentidos de su institucionalidad pasada, al mismo tiempo que proyectan entre los sujetos que los recorren distancias en múltiples niveles: distancias físicas, distancias relacionales y distancias atributivas (por características individuales dependientes o no del espacio específico).

Estos espacios sociales, en tanto tales, cobran relevancia en el análisis de los lazos interpersonales habida cuenta de que no conforman un contenedor pasivo de relaciones. Cada ‘espacio social’ –como término laxo que abarca los círculos, las instituciones y los ‘simplemente espacios’– habilita diferenciadamente cierto tipo de relaciones en su interior. En este sentido, los espacios sociales suponen una reducción de la variedad posible de elementos que pueden ser introducidos en él, acotando –usualmente en forma tácita, pero también en forma explícita– la variedad de contenidos que pueden circular en ellos (conversacionales, de actividades, de vestimentas, de posturas, de opiniones). Estas restricciones suelen apoyarse en acuerdos tácitos que, en tanto tales, pueden volverse más difíciles de torcer que aquellas prohibiciones reglamentadas, en las cuales el establecimiento de una pena pone un ‘precio’ a la infracción.

Los espacios sociales –con los mecanismos y restricciones enunciados– constituyen para el estudio de las relaciones interpersonales el puente a través del cual las categorías más ‘estáticas’ del análisis (como edad, sexo o clase social) cobran sustancia fuera del mero catálogo estadístico. La edad, como número crudo, o como ‘correlación estadística’, no es relevante sino en sus implicancias en cuanto a los ámbitos que se puede saber o presumir por ella que han atravesado los sujetos. Lo mismo ocurre con el sexo, o la clase social.

Al analizar el origen de los vínculos, se destaca que la mayoría de ellos remiten en el encuestado a espacios sociales antes que a personas a través de los cuales fueron conocidos. De esta forma, el barrio, el trabajo y los espacios educativos aparecen como el origen de un 56,4% de los vínculos, mientras que un 14,3% corresponden a contactos a través de personas conocidas. De los contactos obtenidos ‘a través de...’ los más frecuentes fueron por medio de amigos, representando el 9,6% del total de vínculos (Figura 1).

En la estratificación por clase social, se produce tanto en la distinción por capital económico como en aquella por capital educativo un crecimiento de la sociabilidad por ámbitos educativos a medida que se posee un mayor nivel de capital. Como es

esperable, esto es más marcado en el aumento del capital educativo, por exponer éste en forma directa a experiencias de institucionalización educativa. En éste, la participación de este tipo de sociabilidad va de 1,1% a 35,2%, mientras que por capital económico el crecimiento va de 10,3% a 27% (Figura 1). A su vez, en ambos casos, el mayor protagonismo de los espacios educativos opera en detrimento de la socialización barrial, pasando de valores cercanos a 40% entre vínculos de bajo capital a valores inferiores a 20% en vínculos de nivel de capital alto.

Asimismo, también existen diferencias en la participación de la familia y la amistad según tipos de capital. Si se observa la cantidad de vínculos obtenidos a través de amigos entre personas con alto nivel de ingresos, ésta casi duplica la misma proporción en ingresos bajos (siendo 12% en lugar de 6,9%). Por el contrario, a través de la selección por nivel educativo, la participación de esta forma de vinculación no varía significativamente, siendo independiente la proporción de vínculos de amistad al nivel educativo de las personas. A la inversa, mientras que se produce una caída pronunciada de la presencia de familiares en los vínculos en los diferentes niveles de capital educativo –de 32% a 20,7%– la misma no ocurre en forma tan marcada en la estratificación por ingresos, sin ser esta diferencia estadísticamente significativa.

A lo largo del ciclo de vida se observan dos efectos contrapuestos en la distribución de los vínculos según su origen. A medida que se avanza en edad, las relaciones originadas en los espacios educativos decaen en importancia. Su participación comienza en 28,9% y llega a 6,7% en personas mayores de 56 años. En forma opuesta, la participación de los vínculos familiares se incrementa en forma sostenida, yendo de 18,5% a 31,4%.

Por su parte, la aparición de vínculos por el barrio se mantiene estable en los dos primeros períodos observados (18 a 35 años y 36 a 55 años), y presenta un aumento en la franja de 56 y más, pasando de 26,3% a 35,4%, probablemente compensando un efecto del retiro del mercado laboral (cuyos vínculos bajan de 14,9% a 10%).

Las distribuciones por sexo, se dan en forma desigual en la familia y en el barrio. Mientras que en los hombres los vínculos obtenidos en el barrio alcanzan un 32,8%, en las mujeres ocurren en menor proporción (24,6%), viéndose esto compensado en un mayor nivel de participación de las mujeres en los círculos familiares, señalando un 28,9% de vínculos de dicho origen a diferencia del 18,4% declarado por encuestados de sexo masculino.

Figura 1. Distribución de la población adulta (18 años y más) por origen del vínculo según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Origen del vínculo	Espacios sociales				A través de ...					Otros			Total
	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	Total	Un amigo	Una pareja	Un hijo	Otro familiar	Total	Es un familiar	Otro Nr/Ns	Total	
Capital educativo*													
Bajo	1,1 ^a	7,2	41,5 ^b	49,7	10,2	,6	,7	2,3	13,8	32,0 ^e	4,5	36,5	100
Medio	13,9 ^a	11,7	33,8 ^b	59,4	8,6	2,0	1,0	2,3	13,9	21,2 ^e	5,6	26,7	100
Alto	35,2 ^a	9,2	13,7 ^b	58,2	10,3	1,6	,7	2,6	15,2	20,7 ^e	5,9	26,6	100
Capital económico**													
Bajos	10,3 ^d	7,7	40,0 ^e	58,0	6,9 ^f	,8	,8	2,5	10,9	26,3	4,8	31,1	100
Medios	14,3 ^d	9,0	31,5 ^e	54,8	8,9 ^f	2,4	,8	3,2	15,3	23,8	6,1	29,8	100
Altos	27,0 ^d	11,5	18,1 ^e	56,6	12,0 ^f	1,2	,8	1,7	15,8	22,3	5,3	27,6	100
Edad													
18 a 35 años	28,9	6,0	26,8 ^g	61,6	9,7	2,1	0,5	2,5	15,0	18,5 ⁱ	4,9	23,4	100
36 a 55 años	10,2	14,9	26,3 ^h	51,4	10,6	1,4	0,5	3,0	15,5	26,9 ⁱ	6,1	33,1	100
56 años y más	6,7	10,0	35,4 ^h	52,1	7,8	0,2	1,8	1,4	11,2	31,4	5,4	36,8	100
Sexo													
Varón	19,1	11,2	32,8 ^j	63,1	10,0	0,8	0,2	1,9	12,9	18,4 ^k	5,6	24,0	100
Mujer	17,5	8,2	24,6 ^j	50,3	9,3	2,2	1,3	2,9	15,6	28,9 ^k	5,2	34,1	100
Total	18,3	9,6	28,5	56,4	9,6	1,5	,8	2,4	14,3	23,9	5,4	29,3	100

a. Diferencias entre todas las categorías, variable 'Colegio, escuela o universidad' Sig. 0,000 (T-test).

b. Diferencias variable 'En el barrio' entre categorías 1 y 2 Sig. 0,008; entre categorías 1 y 3 y categorías 2 y 3 Sig. 0,000 (T-test).

c. Diferencias entre categorías 1 y 2 y categorías 1 y 3 para Es un familiar, Sig. 0,000 (T-test).

d. Diferencias variable 'Colegio, escuela o universidad', categorías 1 y 2 Sig. 0,070; categorías 1 y 3 y categorías 2 y 3 Sig. 0,000 (T-test).

e. Diferencias variable 'En el barrio' entre categorías 1 y 2 Sig. 0,003; entre categorías 1 y 3 y categorías 2 y 3 Sig. 0,000 (T-test).

f. Diferencias variable 'A través de un amigo' entre categorías 2 y 3 Sig. 0,095; entre categorías 1 y 3 Sig. 0,006 (T-test).

g. Diferencias entre categorías 1 y 3 para En el barrio, Sig. 0,007 (T-test).

h. Diferencias entre categorías 2 y 3 para En el barrio, Sig. 0,004 (T-test).

i. Diferencias entre categorías 1 y 2 para Es un familiar, Sig. 0,001 (T-test).

j. Diferencias entre categorías 1 y 2 para En el barrio, Sig. 0,001 (T-test).

k. Diferencias entre categorías 1 y 2 para Es un familiar, Sig. 0,000 (T-test).

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

De esta forma, el capital educativo da cuenta no solamente de potencialidades en términos de saberes aprendidos, o credenciales habilitantes, sino también de vivencias e interacciones pasadas cuyos efectos en la sociabilidad persisten en el tiempo. Por consiguiente, si bien el capital económico y el capital educativo tienen en común que aportan un plus de poder para interactuar en una diversidad de ámbitos relevantes, no influyen en forma idéntica en la composición de las redes personales. El proceso de adquisición del capital educativo formal, supone involucrarse mental y corporalmente en instituciones específicas (colegios, universidades, profesorados, etc.) durante largos períodos de tiempo. Este proceso de inmersión en la experiencia de formación educativa no es en nada comparable con los mecanismos de aseguramiento de capital económico, que pueden producirse por medios diversos, que van desde derechos adquiridos directa o indirectamente por relaciones de parentesco (por herencias, uniones o invitaciones a participación en negocios familiares) a

experiencias autónomas de especialización laboral o emprendimientos comerciales o productivos.

Los roles en la tipificación de vínculos personales

Si bien el origen o los modos de gestación de los vínculos constituyen un marco para el universo posible de relaciones (y su funcionamiento), las atribuciones de roles operan también sobre éste como un segundo nivel de organización. En este sentido, las categorías correspondientes a los roles imputan diferentes sentidos y expectativas a los vínculos intersubjetivos así como también diferentes condiciones de status para cada uno de ellos (un amigo por sobre un compañero, un compañero por sobre un conocido, etc.), preconfigurando y ordenando los intercambios esperables dentro de ellos.

En este ordenamiento se ponen en juego las convenciones y representaciones incorporadas sobre el funcionamiento general de las cosas: qué se espera de una madre, qué de un hijo, qué de un vecino. Sobre la relación históricamente situada de acciones recíprocas, charlas, paseos, favores, etc., se incorporan las expectativas y reglamentaciones particulares del rol atribuido. De este modo, la invitación a cenar por parte de un jefe se procesa por un protocolo diferente a la invitación a cenar de un familiar cercano. Esto se apoya no solamente en razones meramente convencionales, sino también en el hecho de que el tipo de relación conecta las acciones con los intereses y condiciones de poder que la relación lleva implícitos, habiendo estrategias y maniobras en situación que pueden resultar pertinentes según el contexto del rol (jefe / familiar / etc.).

Bajo la figura de ‘amigo’, se ubican entre 54% y 63,8% de los vínculos según capital educativo, y entre 56,3% y 62,5% según capital económico (Figura 2). En este sentido, cabe notar la alta participación de la amistad independientemente del estrato, incluso cuando existen diferencias entre ellos.

Las mayores variaciones por posición de clase se observan en el componente ‘vecinal’, que aumenta fuertemente al acercarse a los estratos más bajos, y en la caída de la participación familiar al aumentar el nivel educativo. Esta baja de 30,7% a 21,2% marca una diferencia importante entre estratos, si bien da en todos los casos una presencia familiar moderada; en la mirada por ingresos del hogar, la variación de la presencia de familiares no es significativa por estrato.

La evolución por edad muestra variaciones complejas, con un aumento del componente familiar y vecinal al avanzarse en el ciclo de vida al ir de 19,3% a 32% y de 2,1% a

10,1%, una caída de la franja de jóvenes a adultos de la proporción de amigos en los vínculos de 70,2% a 51,7% y un pico en la etapa adulta (36 a 55 años) de mención a compañeros de trabajo (categoría compañero de trabajo/estudios) con 9% de los vínculos.

Al igual que en la caracterización por origen del vínculo, la separación sexual de espacios se hace notar nuevamente, estando las relaciones de las mujeres más ligadas a lo familiar (como campo de lo interior, de los hogares) por oposición a los hombres que muestran más conexión con el exterior, en este caso en la forma de vínculos de amistad (65,7% de amigos entre los hombres y 56,2% entre las mujeres). En este sentido, mientras que un 18,7% de los vínculos masculinos son con familiares, las mujeres presentan un 29,6% de sus vínculos reservados a las interacciones familiares.

Figura 2. Distribución de la población adulta (18 años y más) por tipo de vínculo según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Tipo de vínculo	Familiar	Novio/a	Amigo	Compañero de trabajo/ estudios	Vecino	Profesional	Otro	Ns/Nr	Total
Capital educativo*									
Bajo	30,7 ^a	1,2	54,0 ^b	1,9	11,1 ^c	0,0	0,4	0,7	100,0
Medio	23,1 ^a	2,5	62,4 ^b	6,7	4,2 ^c	0,3	0,4	0,5	100,0
Alto	21,2 ^a	3,6	63,8 ^b	5,6	2,1 ^c	2,0	0,7	1,0	100,0
Capital económico**									
Bajos	25,1	2,1	56,3 ^d	4,6	9,0 ^e	0,9	0,4	1,6	100,0
Medios	25,9	1,6	62,2 ^d	4,7	3,7 ^e	0,4	0,9	0,5	100,0
Altos	22,7	3,6	62,5 ^d	5,6	3,9 ^e	1,1	0,2	0,3	100,0
Edad									
18 a 35	19,3 ^f	3,3	70,2 ^g	3,7	2,1 ^h	0,7	0,6	0,0	100,0
36 a 55	26,9 ^f	2,0	51,7 ^g	9,0	6,7 ^h	1,6	0,5	1,6	100,0
56 y más	32,0 ^f	1,7	52,8 ^g	2,0	10,1 ^h	0,2	0,3	,9	100,0
Sexo									
Varón	18,7 ⁱ	3,2	65,7 ^j	5,6	5,2	0,6	0,8	,4	100,0
Mujer	29,6 ⁱ	2,0	56,2 ^j	4,5	5,4	1,1	0,3	1,0	100,0
Total	24,4	2,6	60,7	5,0	5,3	,9	0,5	,7	100,0

a. Diferencias entre las categorías 1 y 2 y categorías 1 y 3 variable 'Familiar' Sig. 0,001 (T-test).

b. Diferencias variable 'Amigo' entre las categorías 1 y 2 Sig. 0,012 y categorías 1 y 3 Sig. 0,003 (T-test).

c. Diferencias variable 'Vecino' entre las categorías 1 y 2 y categorías 1 y 3 Sig. 0,000 y categorías 2 y 3 Sig. 0,050 (T-test).

d. Diferencias variable 'Amigo' entre las categorías 1 y 2 Sig. 0,076 y categorías 1 y 3 Sig. 0,053 (T-test).

e. Diferencias variable 'Vecino' entre las categorías 1 y 2 y categorías 1 y 3 Sig. 0,002 (T-test).

f. Diferencias variable 'Familiar' entre las categorías 1 y 2 Sig. 0,003 y categorías 1 y 3 Sig. 0,000 (T-test).

g. Diferencias variable 'Amigo' entre las categorías 1 y 2 y categorías 1 y 3 Sig. 0,000 (T-test).

h. Diferencias variable 'Vecino' entre las categorías 1 y 2 y categorías 1 y 3 Sig. 0,000 (T-test).

i. Diferencias entre las categorías 1 y 2 variable 'Familiar' Sig. 0,000 (T-test).

j. Diferencias entre las categorías 1 y 2 variable 'Amigo' Sig. 0,000 (T-test).

* Capital educativo considerado por nivel educativo del encuestado agrupado en: Bajo: primaria completa o menos; Medio: secundaria completa o incompleta; Alto: universitario o terciario, completo o incompleto.

** Capital económico calculado como terciles de ingresos familiares por equivalente adulto en el hogar.

Nota: Para las personas con vínculos, el cuadro presenta los valores contabilizando a cada una de ellas tantas veces como vínculos declararan.

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

En la caracterización de vínculos por clase social, puede apreciarse que los influjos diferenciados que provocaban el barrio y los espacios educativos en los orígenes de vínculo (siendo el primero de importancia en los estratos bajos y los segundos en los estratos altos,

Figura 1) tienen su correlato en la formación de los vínculos de amistad. Es decir, que los vínculos producidos en el barrio (en los estratos bajos) y en los espacios educativos (en los sectores de mayores niveles de capital) tienen por resultado en ambos grupos la formación de relaciones amistosas.

Cabe señalar también que la edad resalta como un rector importante de los tipos de interacción más presentes a lo largo del ciclo de vida, efecto que se visualizó tanto en el origen del vínculo como en las distribuciones por tipo de vínculo (incluso si no lo era de igual forma en la definición de la cantidad de vínculos).

Conclusiones

De esta forma, se han visto diferencias y matices por estrato en las subdimensiones de las redes personales. Las mismas se han manifestado en forma diversa según tipo de capital, mostrando la distancia de experiencias que uno y otro tipo (económico y educativo) llevan implícitas en los sujetos estudiados.

A partir de esta caracterización, el lugar de cada espacio social en las redes personales toma un rol particularmente relevante. En el caso de las mujeres, por ejemplo, la inserción vincular familiar da cuenta de la vigencia –aunque parcial– del enmarcamiento de lo femenino en lo doméstico, y más ampliamente, en lo inter-doméstico (recordar que los lazos investigados son siempre entre adultos que no conviven). Esta proyección provoca en las relaciones una probabilidad disminuida para privilegiar –entre las mujeres– lazos de amistad, dando cuenta de un proceso largo de socialización endógeno a la familia ampliada, o dicho por su opuesto, más reticente a insertar lazos en la sociedad amplia.

También ha mostrado particular relevancia el lugar del barrio, en términos de alternar su preeminencia en la socialización con los espacios de institucionalización educativa. En este sentido, si bien la investigación esperaba encontrar los espacios laborales como contraparte de la socialización educativa de aquellas carreras laborales sin inserción universitaria, fue el barrio quien tomó este lugar quedando el espacio laboral como un lugar secundario en la construcción de vínculos durables en todos los escenarios indagados.

Por último, cabe ser destacada la función privilegiada de la familia en la construcción y mantenimiento de vínculos entre los hogares, que se mantuvo explicando más de una quinta parte de los vínculos en todos los niveles socioeconómicos. De igual modo, el rol asignado a

la amistad en la posibilidad de enfrentar problemas de importancia ha sido llamativo, siendo ésta la tipificación imputada a más de la mitad de los lazos explicitados por los encuestados.

Como balance de los resultados obtenidos de la aplicación del módulo de redes personales, la metodología mostró ser efectiva a los fines de construir información vincular sobre grandes aglomerados urbanos. Resultará deseable, en el futuro, poder contrastar este tipo de observaciones con trabajos que de manera más exhaustiva puedan indagar los lazos personales a través de múltiples generadores de nombres, de modo de poder explorar el campo de la sociabilidad en virtud de las diversas relaciones funcionales y emotivas a partir del cual el mismo se construye, articula y manifiesta.

Bibliografía

- Adler Lomnitz, L. y Melnick, A. (1994). La clase media, las redes sociales y el modelo neoliberal: El caso de los profesores chilenos (1973-1988). *Revista del CLAD*, 2, 223-244.
- Agneessens F., Waeghe H. y Lievens J (2006). Diversity in social support by role relations: A typology, *Social Networks*, 28 (4), 427-441.
- Atria R, Siles M., Arriagada I., Robison L. y Whiteford S. (comps) (2003). *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Bagnasco P., Bagnasco A., Piselli F., Pizzorno A. y Trigilia C. (2004). *El capital social. instrucciones de uso*. Buenos Aires: Fondo De Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- De Filippis, J. (2001). The Myth of Social Capital in Community Development, *Housing Policy Debate*, Vol. 12 (4).
- Domínguez, S. (2004). Estrategias de movilidad social: el desarrollo de redes para el progreso personal. *Araucaria*, Vol. 5 (12), 92-128.
- Elias, N. (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Enriquez Rosas R. (2000). Dinámica de las redes sociales y de apoyo emocional en hogares pobres urbanos el caso de México. *Meeting of the Latin American Studies Association*, Hyatt, Regency Miami, Marzo 16-18.
- Espinoza V. (1999). Social Networks Among the Urban Pool: Inequality and Integration in a Latin American City. En *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*. pp. 149-184.

- Feldman, S. y Murmis, M. (2002). Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes. En L. Beccaria, S. Feldman, I. González Bombal, G. Kessler, M. Murmis y M. Svampa, *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90* (pp. 173-230). Buenos Aires: Biblos.
- Ferrand A., Mounier L. y Degenne A. (1999). The Diversity of Personal Networks in France: Social Stratification and Relational Structures. En *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*. pp. 185-224.
- Goffman, E. (1986). *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*. Boston: Northeastern University Press.
- Grootaert, C. (1998). “Social Capital: The Missing Link?”, *Social Capital Initiative, Working Paper Series*, No. 3, Washington DC, The World Bank Social.
- Gutiérrez, A. (2005). *Pobre´ como siempre*. Ferreyra Editores, Córdoba.
- Kuehnast K. y Dudwick N. (2004). *Better a Hundred Friends Than a Hundred Rubles? Social Networks In Transition*, World Bank Working Papers No. 39, Washington DC.
- Lederman, D. (2001). Socializing in Argentina: Levels, Geographic Distribution and Determinants of Social Capital. World Bank.
- Lee B. y Campbell K. (1999). Neighbor Networks of Black and White Americans. En *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*. pp. 119-146.
- Lee R., Ruan D. y Lai G. (2005). Social structure and support networks in Beijing and Hong Kong. *Social Networks*, Vol. 27. 249–274.
- Lieber C. y Sandefur G. (1998). Exchanging Social Support with Friends, Neighbors, and Coworkers. Presentado en el *1998 meeting of the American Sociological Association*, San Francisco.
- Mickelson K. y Kubzansky L. (2003). Social Distribution of Social Support: The Mediating Role of Life Events. *American Journal of Community Psychology*, Vol. 32 (3/4).
- Ramos, S. E. (1981). Las relaciones de parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos: un estudio de caso. *CEDES*, Vol. 4 (1). 1-77.
- Sabatini, F. (2003). On Ben Fine Social Capital versus Social Theory: Political Economy and Social Science at the Turn of the Millennium, *Economic Notes*, Vol. 32 (3).
- Teves L., Crivos M., Martínez M. y Sáenz C. (2002). Una Aplicación de la Metodología de Redes Sociales a la Investigación Etnográfica. *Revista Redes*, Vol. 2.
- Van der Poel, M. (1993). Delineating personal support networks. *Social Networks*, Vol. 15. 49-70.

- Van Emmerik, H. (2006). Gender differences in the creation of different types of social capital: A multilevel study. *Social Networks*, Vol. 28. 24–37.
- Woolcock, M. (2001). The place of social capital in Understanding Social and Economic Outcomes. *ISUMA: Canadian Journal of Policy Research*, Vol. 2 (1). 1-17.